

EL ULTIMO MONO

SEMANARIO POLÍTICO-LITERARIO

Director: FÉLIX LIMENDOUX.

SUSCRIPCIÓN

MADRID.....	Trimestre. 1	50 ptas.
	Año. 3	
PROVINCAS.....	Trimestre. 3	
	Año. 12	
ULTRAMAR Y EXTRANJERO.	Año. 25	

OFICINAS

DIVINO PASTOR, 8
PRINCIPAL DERECHA

SE PUBLICA LOS JUEVES

Número suelto: QUINCE céntimos.

EL PAGO ADELANTADO

JOSÉ MIRALLES⁽¹⁾.

s un gran periodista.

Distingamos.

En este país se abusa tanto de la profesión; se aplica tantas veces la palabra «periodista», las más de ellas en su sentido meramente etimológico, que, al calificar á alguien con este nombre, es inmediatamente preciso poner los puntos sobre las *tes* y decir quién es y lo que representa el aludido. Porque con semejante calificativo, lo mismo se apellidan Moya ó Mellado, que tapan sus carnes, desnudas de todo ropaje literario, los Gutiérrez, Fernández, Godínez, Cabuérniga y demás *percebes*, á quienes todos hemos convenido en llamar *chicos de la prensa*.

Y es que en el periodismo, como parte de la literatura, y al igual de lo que sucede en todas las bellas artes, hay que distinguir entre el que eleva su profesión á la altura de un sacerdocio y el que la desciende al nivel de un oficio; hay que separar al artista del obrero, pues así como en poesía hay poetas y versificadores, en el periodismo existen periodistas y *chicos de la prensa*.

Y justamente aquí es donde más fácil se presenta la selección y más clara se ve la línea divisoria.

Para hacer un artículo de fondo ó una crónica palpitante de interés, cual cumple al verdadero periodista, es preciso reunir ciertas y determinadas condiciones. Hacer algo dentro, ser artista en el verdadero sentido de la palabra, para hacer los sucesos del día, dar una noticia interesante ó buscar la más inesperada y sorprendente, sólo se necesita ligereza de piernas, buen ojo, pituitaria sensible y otros requisitos que no dicen relación con la esfera del arte.

Pues bien, Miralles es un periodista de verdad, ocupa uno de los primeros puestos en la prensa contemporánea y sus campañas en *El Solfeo*, *La Nueva Prensa*, *El Porvenir*, *El Progreso*, *El País*, *El Pueblo*, *La Revancha* y tantos otros periódicos, le han acreditado de polemista temible, de escritor correcto y de combatiente valeroso y decidido.

«La Palanca del progreso»—que llaman á la prensa los escritores cursis— como representante ge-

(1) Del libro en preparación *Doce retratos, seis reales*.



SUMARIO

TEXTO

José Miralles.
El Último Mono recogido.
La llave.
El Banco azul.—Capítulo V.
La temperatura.
La escoba.
Monedas.
Gerogífico.
Buzón de alcance.
Anuncios.

DISUJOS

Miralles.
Los desafíos de ayer y los de hoy.

nuina de las costumbres de la época, con ellas se ha transformado y á sus exigencias ha respondido siempre. *In illo tempore*, cuando los vientos enciclopedistas de la revolución francesa llevaron á todas partes el ansia de saber mucho y de todo, tuvieron nuestros venerables abuelos periódicos como *La Abeja*, *El Semanario Pintoresco* y *El Museo de las Familias*, donde en interminables columnas de prosa cerrada, encontraban biografías, historia, viajes, ciencias físico-químicas, ciencias naturales, literatura, todo lo que pudiera desear el Larrousse más exigente y descontentadizo.

Más tarde, cuando ya formadas las ideas, llenos los pechos de entusiasmo para defenderlas y saturada la atmósfera de corrientes revolucionarias, nuestros padres luchaban por la conquista del derecho, aquellos admirables periódicos que se llamaron *La Democracia*, *El Combate*, *La Igualdad*, *La Discusión*, *El Pueblo*, etc., etc., se encargaron, como las vestales antiguas, de mantener el fuego sagrado de la lucha, sin perder la virginidad de las creencias.

Y hoy que nosotros, los hijos de aquellos que lucharon por el derecho, los nietos de aquellos que se instruían y pensaban, hemos perdido la fe en todo, y apenas si nos quedan energía en el corazón y temple en el alma para luchar por algo, buscamos en el periódico, no el artículo doctrinal, maduramente pensado y correctamente escrito, ni siquiera el artículo de combate, sino el comentario agudo, el dicho ingenioso, la frase galana, el artículo espiritual, la literatura sobreponiéndose á la política, de la cual todos estamos hartos, el periódico bien confeccionado, en una palabra, con algo de todo lo palpitante, fresco, del día, y

todo al vuelo, todo al vuelo!

que dijo el poeta de las *Doloras*.

No hago comparaciones; sólo se me ocurre decir con el chulo de *La Canción de la Lola*:

—¡Cómo cambéan los tiempos!

Miralles ha sido y es un periodista de combate, de la raza de aquellos que, en épocas memorables, dejaban la pluma para coger el fusil, y con aquélla lo mismo que con éste, defendían sus ideas y luchaban por la conquista del derecho. Maneja admirablemente el concepto que convence y la frase que hace sangre, y siempre en la brecha, ha fortalecido y templado su espíritu al calor de la pelea ó en la tristeza de la desgracia. Su estilo enérgico, sobrio, contundente, su entusiasmo al defender y su valor al atacar, le han dado la justa y merecida fama de que goza, colocando su nombre á la cabeza de los periodistas españoles.

Todavía se recuerda con placer aquélla brillante campaña de *El Porvenir* (el mejor periódico que ha tenido nuestro partido) en la época en que Miralles lo dirigía. De sus resultas y á más de las molestias y persecuciones inherentes á esta clase de campañas, Miralles emigró á París, y allí, lejos de su tierra y de su hogar, pidiendo á un país extraño las afecciones que le negaba el propio, pudo meditar largamente acerca de la suerte que la patria reserva á los hijos que tratan de salvarla y convenirse de la verdad del cantar:

¡No llores porque te veas
alejado de tu patria,
que la patria y las mujeres
bien sabes que son ingratas!

Es además Miralles literato correctísimo y original. Sus artículos y cuentos publicados en infinidad de periódicos, tienen el sello de su personalidad y en su novela *El ilustre jefe*, que en breve verá la luz pública, demuestra que lo mismo sabe ser novelador que periodista.

¿Cómo y por qué no tiene Miralles más nombre, y sobre todo, más dinero?

La respuesta es bien sencilla: Miralles es periodista y periodista republicano. Nuestro partido, paciente y sufrido, no ha dispuesto nunca de otro premio para los que se cobijan bajo su bandera que la estimación popular y el sueño de lejanas recompensas. Esas otras que halagan la vanidad y llenan el bolsillo, se quedan para los que se

venden «al oro de la reacción», no para los que, como Miralles, saben esperar y nada desean el día del triunfo.

¡Bienaventurados, ellos! Sobre su tumba podrá escribir la posteridad el epitafio de Thiers:

—*Amó á su patria y cultivó la verdad,*
añadiendo estas palabras no menos expresivas:
—*Fué un hombre honrado!*

ANTONIO PALOMERO.

El Último Mono RECOGIDO



LORIA á Villalba!

El señor gobernador interino ordenó el viernes pasado á sus agentes que recogieran de todos los puestos y cafés *EL ÚLTIMO MONO* para remitirlo al Juzgado municipal correspondiente.

Y ¿por qué?

¡Vaya Ud. á averiguarlo!

Hemos estado siete días en nuestra redacción reunidos todos en *tenue* permanente aguardando la citación ó el Juzgado de guardia; todos tristes, malhumorados, temblando cada vez que oíamos rodar un coche por la calle del Divino Pastor, cada instante en que sonaba el timbre para llamar á la puerta; Limendoux yendo y viniendo de un lado á otro; Palomero fumando pitillos nerviosamente; Navarro Gonzalvo observando por las persianas del balcón; Angel de la Guardia madurando *in menti* su informe de defensa; Miralles recordando sus mil y una denuncias cuando escribía *El Porvenir*; Rojas sin atreverse á coger el lápiz para dibujar, y hasta el botones abría con miedo la puerta y balbuceaba cada vez que hacía el anuncio de una nueva visita.

¡Qué siete días de martirio!

Y tanta incertidumbre para encontrarnos luego con que hoy día de la fecha seguimos ignorando si la celda nos aguarda ó si ha sido todo una bromita del Sr. Villalba, cuyo buen humor guarde Dios muchos años, aunque maldita la gracia que nos hace.

¿Qué habremos hecho?

El Último Mono, que si no es el periódico de mayor circulación de España, es... porque lo recojen, jamás ha tenido intención de hacer daño; se cree modesto, pero honradísimo á la par, y no acertamos á explicarnos el por qué de tanta prevención como le tienen el lapiz rojo del fiscal y el bastón con borlas del gobernador.

Pero en fin, resignémonos y tengamos confianza en el porvenir.

¡Quién sabe si andando el tiempo se tornarán las cosas y Limendoux sea presidente del Consejo de Ministros, Palomero ministro de la Gobernación, Miralles gobernador de Madrid, Navarro Gonzalvo secretario del Gobierno y Angel de la Guardia fiscal del Supremo, mientras Cánovas, Villaverde, Bogaraya, Villalba y Bismarck, escriben un periódico satírico como *El Último Mono*, aunque con menos gracia, se entiende.

Y entonces ¡guay!

Patricio, nuestro compaginador, se encargará de vernos.

LA REDACCIÓN.



LA LLAVE



¡Mirad qué contento llega;
mirad que risueño sale
de la Piazzuela de Oriente
el monstruo temido y grande.

¿Cómo no ha de estar contento?
¿Cómo no ha de solazarse
si al fin le han dado (¡ya es hora!)
el remedio de sus males?

Si; que en la Plaza de Oriente

pidió con *fatigas* grandes,
para cerrar las sesiones
del Parlamento, la llave.

Ya se la han puesto en la mano;
ya la tiene, ya la trae,
por eso sale contento,
por eso risueño sale.

«Se acabaron las sesiones
de noche, mañana y tarde;
se acabaron los disgustos
y las *latas* acabáronse;
y ya no habrá (por ahora)



más votos particulares,
más proyectos, más propo-
siciones incidentales,
ni me pondrán colorado
los Labra ni los Azcárate,
ni habrá votos de censura,
ni habrá *socios* discrepantes,
ni entre el grupo amansudito
de los re-ministeriales
me saldrá otro Ruiz del Arbol,
que es casi el rey de los árboles.»

Así dice el monstruo, y llega
a la casa de los padres
de la patria, dó le aguardan
también con *fatigas* grandes.
Concha, Azcárraga, García,
Romero, Cós y Linares.
Y al verle llegar risueño
la fe en sus pechos renace,
hablan a la mayoría
y la mayoría aplaude,
mientras Pidal en su sitio
rezaba el Credo y la Salve.
Todos al monstruo rodean
y con cariño, abrazándole,
por la llave le preguntan
y él les enseña la llave.

Y es fama que allá en la izquierda,
con voz campanuda y grave,
un diputado le dijo
al monstruo temido y grande:
«Guarda la llave, Antónito,
Antónito, guarda la llave,
que mientras los de estos bancos
no den su permiso, nadie
podrá cerrar las sesiones;
con que, adiós, y buenas tardes.»

EL BANCO AZUL

(NOVELA FILOSÓFICA-NATURALISTA-PSICOLÓGICA A LA PAR QUE MORALIZADORA)

CAPÍTULO V

En el que el canónigo habla de Margarita, de por qué
perdió las buenas costumbres y del fin que al fin
tuvo con su tío.

BURNO será decir antes de continuar ade-
lante, que al entrar el canónigo en el ga-
binete donde esperaban los últimos abu-
sadores del banco azul de Herminia, pa-
seó con penetrante curiosidad por la
concurcencia, sus ojillos grises y que al
detenerlos sobre la plétórica y casi ber-
meja cara de doña Mercedes, liaó lo que
fuere de Herminia, experimentó el buen
sacerdote una conmoción especial; sus
pupilas se dilataron y no obstante la se-
renidad propia de un hombre saturado
de confesionario, y ya muy acostumbrado
al coro y a las partes más delicadas de su sagrado
ministerio, no fué dueño de reprimir un grito que rápi-
damente procuró disimular con un forzado golpe de bron-
ca y cavernosa tos.

La impresión estaba justificada. D. Gumersindo, que
así se llamaba el canónigo, había creído recordar, al ver
la de doña Mercedes, la cara de la primer ama que tuvo
cuando, a poco de ordenarse, había desempeñado la coad-
jutoría de Zaorejas en el obispado de Sigüenza.

Quiso, pues, poner bien en claro aquella semejanza, y
al saludar a doña Mercedes, la miró con fijeza, frunciendo
enérgicamente sobre los párpados los velludos penachos
de su entrecejo; pero aquella no se dió por entendida y
aguantó impávida la investigación ocular del canónigo,
que desconcertado y aparentemente tranquilo, se sentó
en el banco azul.

—El parecido es sorprendente—dijo para sí D. Gumer-
sindo—pero *aquella* se llamaba Caridad y además creó—
continuó mientras reparaba en ciertos abultados contor-
nos de doña Mercedes—que *aquella* tenía más calidad,
aunque no tanta cantidad... Sin embargo, juraría que es la
misma. La mujer que ha sido ama, lo es y se la conoce
siempre—Y en estos contradictorios pensamientos, hu-
biera continuado el benefactor a no haberle interrumpi-
do Rodríguez, pidiéndole que contara la historia del Dean
y su sobrina.

—¡Por Dios, amigo Rodríguez! Tenga Ud. en cuenta que
la historia es delicada y en íntima relación con ella, está
la honra de personas respetables ante las cuales no se ha
detenido la calumnia.

—Estos señores son todos discretísimos y Ud. sabrá lim-
piar con la fidelidad del relato, la mancha que malas len-
guas hayan querido arrojar sobre esas personas.

—Sin embargo, no sé si delante de esta señora me está
permitido.

—Está Ud. en su casa, señor Cura—dijo doña Mercedes
un tanto turbada.

—¡Anda! ¡Anda!—interrumpió el General.—Esta seño-
ra está curada de espanto. Suelte Ud. sin ningún *aquél* la
sin hueso, Pater, que aquí todos tenemos bien retorcido
el colmillo.

—Escuchamos a Ud., señor Canónigo—dijo Leonardo.

Don Gumersindo recapacitó un momento, miró fija-
mente a doña Mercedes, se reclinó en el banco azul y co-
menzó así su relación:

«El principio de esta historia data de hace 19 años. Es-
tudiaba yo entonces teología en el Seminario de Teruel,
y era cura párroco de Zaorejas el Sr. D. Demetrio Tomi-
llares, después Dean y protagonista de nuestro cuento.

Desde el principio de mis estudios, yo, al terminar el
curso, después de aspirar a un *Meritissimus*, que a decir
verdad, pocas veces lograba en los exámenes, salía del
Seminario, donde disfrutaba los beneficios de una beca
conseguida merced a una tía mía, cuñada del Doctoral del
Obispado, y me iba a pasar los veranos a Zaorejas, donde,
como ya he dicho, estaba de párroco D. Demetrio.

En mi concepto de seminarista, frecuentaba la casa del
cura, y tal ascendiente sobre él llegué a conseguir, que
todos los días le acompañaba a rezar las *Completas*, ayu-
dándole todos los festivos en los variados y menudos me-
neresteres de su sacerdocio. Juntos íbamos todas las tardes
a pasear por las eras y juntos también todas las noches a
casa de una vecina bastante joven, aunque ya viuda, pri-
ma en no sé qué grado de D. Demetrio y que vivía en
compañía de una preciosa niña, que dos años contaba en-
tonces, y a la cual, nuestro Párroco, profesaba entraña-
ble cariño, justificado, no sólo por el parentesco que con
ella tenía, sino por haberla sacado de pila en la bautismal.

Entre la viuda y el sacerdote debían mediar antiguas
relaciones, hijas sólo del parentesco, pero que habían
producido otras de intereses, originarias quizás de algún
latente disgusto, según alguna vez pude traslucir, aun-
que jamás claramente comprender.

El verano de 1873 transcurrió sin otros acontecimien-
tos que los políticos que entonces en nuestra nación se
desarrollaban y que habían llevado a efecto la guerra
civil.

Como todos los años, en Agosto regresé al Seminario,
donde más que en preparar la inauguración del curso,
se ocupaba todo el claustro en hallar los medios para in-
corporarse sin riesgo a las partidas del ejército católico,
que, bajo el pendón de Don Carlos, combatían en todas
partes por los santos prestigios de nuestra religión y en
contra del ejército revolucionario é impío.

—¡Cuidado, Pater, que yo como militar y coronel enton-
ces, *andé* mucho, por obligación, en esos lances!—inte-
rumpió un tanto amoscado el general.

—Dios me libre de ofender a Ud. que en cumplimiento
de un deber combatía en otras filas por lo que creía justo.

—Adelante.

—El caso fué que una noche, a principios de Septiem-
bre, salimos 43 escolares del Seminario, entrando sigilo-
samente por la puerta accesoria en casa de una señora
hermana de nuestro Rector, de donde no salimos hasta
las dos de la madrugada, pero ya todos vestidos, bien ar-
mados y con lo necesario para incorporarnos, como lo
hicimos al amanecer, a la partida del general Santés.

—¡Cabecilla, Pater, si Ud. no se incomoda!—añadió
bruscamente el general.

—Como Ud. guste.

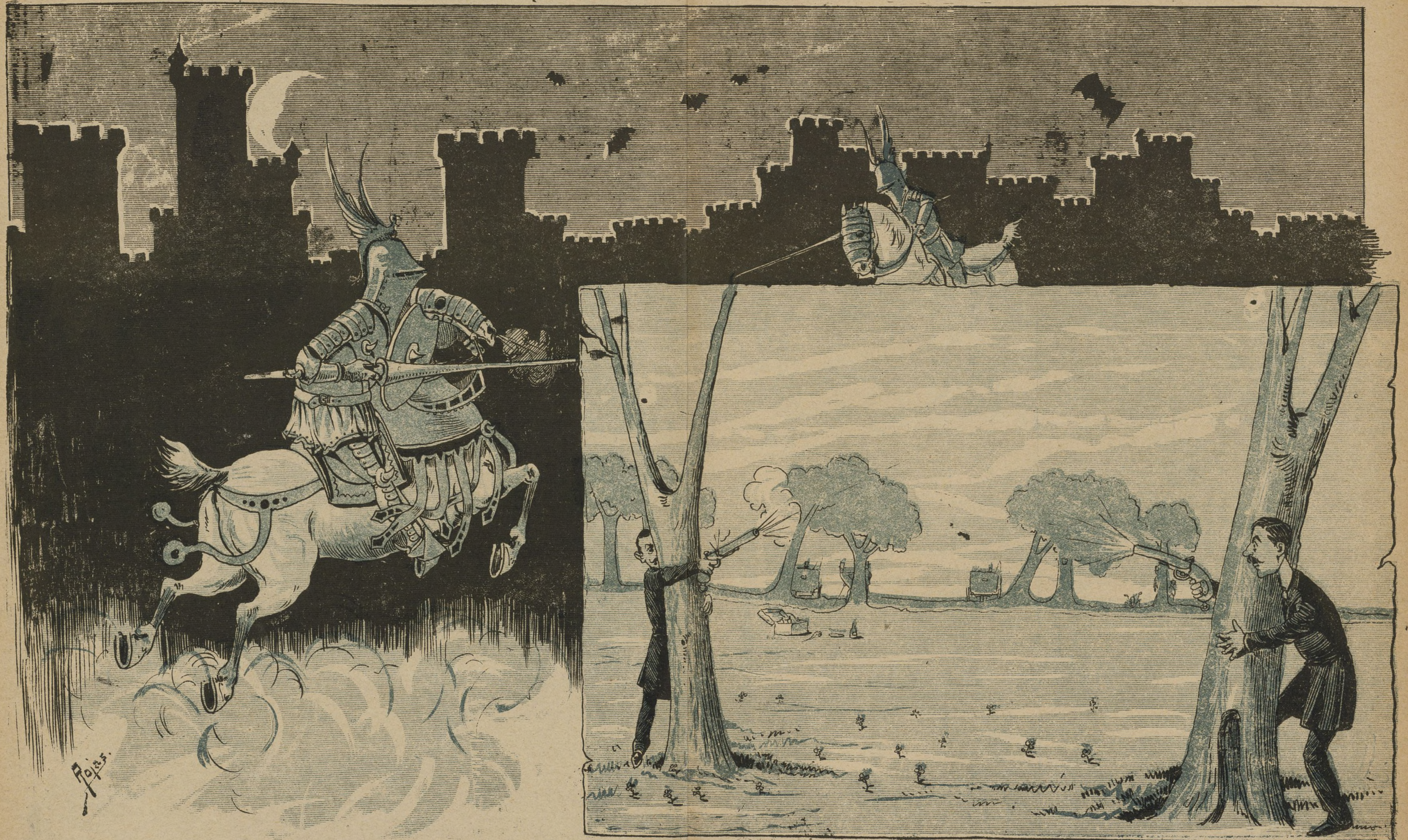
—Lo primero que me encontré en la partida fué con la
noticia de que D. Demetrio Tomillares mandaba en ella
una compañía y a ella me destinaron a petición suya.
Durante un año, y fuera de los diarios encuentros y com-
bates que con el ejército teníamos y que nos obligaban a
estar en continuo movimiento, nada de particular ocu-
rrió. Perseguidos sin cesar por las fuerzas de un general
republicano, nos vimos obligados a pasar a la provincia
de Cuenca y a buscar protección y refugio en la Sierra
donde el Tajo nace y donde coinciden los límites de esta
provincia con las de Teruel y Guadalajara. A las inme-
diaciones de Zaorejas llegamos y a este pueblo recibió
órdenes de ir con su compañía D. Demetrio, para recoger
provisiones y pienso, de que carecía nuestra gente.

A las ocho de la noche llegamos y a las nueve ya esta-
ba durmiendo en los alojamientos toda la fuerza franca
de servicio, y debía ser ya bien entrada la noche cuando
el ruido de unas detonaciones interrumpió el triste silen-
cio del pueblo y obligó a tocar llamada al corneta de la
guardia de prevención que en el campanario había sido
establecida.

Oír el toque y lanzarnos todos asustados a la calle dis-
puestos a huir, fué simultáneo.

Un grupo de compañeros de armas corría en una de-
terminada dirección, y con él corrí hasta detenernos to-
dos ante una casa que algunos vecinos señalaban asus-
tados. Ahogados gritos se escuchaban dentro, y como al
empujar la puerta la viéramos entornada, por ella, y con
las debidas precauciones, penetramos hasta detenernos
en una alcoba donde pudimos contemplar un triste es-
pectáculo que a todos nos impresionó bien dolorosa-
mente.

EL ÚLTIMO MONO



Los desafíos de ayer y los de hoy.
Ayuntamiento de Madrid

Desnuda, y toda bañada en sangre, estaba una mujer que casi agonizaba á consecuencia de un balazo que le había atravesado el cuello por la tráquea. Sin poder hablar, con una mano señalaba una arquilla abierta, donde había varios documentos y cartas en revuelta confusión: con la otra oprimía un pedazo de papel empapado en sangre, en el cual solo pudimos después leer estas palabras: «QUENA INFAM.»

A la luz de una tea de pino que se encendió, pudimos examinar á la moribunda, que tenía á su lado y tranquilamente dormida una preciosa niña de tres años.

Al reconocerlas yo quedé horrorizado. Aquella mujer y aquella niña eran la prima y la ahijada de nuestro capitán el ex-párroco de Zaorejas.

Al llegar á este punto de su narración el canónigo, se oyó un golpe en la habitación, y todos vieron rodar por el suelo á doña Mercedes que se había desmayado en el preciso momento de repetir aquel las palabras del papel QUENA INFAM.

Pero ya este capítulo va siendo demasiado largo y debemos dejar para el siguiente la continuación de esta verídica historia y con ella el saber por qué se quedó la sobrina del deán sin buenas costumbres, con lo demás que hace al caso.

RICARDO MONASTERIO.

Del capítulo VI de nuestra novela queda encargado Luis París.



LA TEMPERATURA

Nada; decididamente (como dice mucha gente siempre que empieza á escribir); este calor que se siente no hay quien lo pueda sufrir.

Todo asunto que tratamos el termómetro lo aborda, y su influjo respetamos; hasta en política estamos, sudando la gota gorda!

¿Y quien no suda, señores, en tiempos conservadores? ¡c-batteros, si es la mar!

Don Antonio y los calores, con todos van á acabar ¿Quién sufre pacientemente la san facon de esta gente? Aquí hace falta un refresco, porque el pueblo está caliente, pero el gobierno ¡tan fresco!

La cosa bien clara está: frescura se necesita para llegar más allá... ¿Que ellos esperan la guita y nosotros el maná?

Y pues que aumenta el calor, ya que el termómetro sube, ¿quien quiere hacer el favor de librarnos de la nube ó bando conservador?

Nube ó bando, casi nada, según mi modo de ver, se irán á la desbandada el de la corazonada y Navarro Reverter.

Y Linares, Cos-Gayón, Concha, Azcárraga y Silvela, sufriran un sofocón, pue se quedarán sin vela para ir en la procesion.



LA ESCOBA



¡Ah, señores! como dice Villaverde cuando se dirige á los del montón anónimo. ¿Quién había de sospechar que andando el tiempo, se convirtiera en viva realidad, el deseo de Jiménez Delgado, cuando este edil afirmaba que era preciso barrer, «barrer mucho y barrer bien.»

El día 2 del mes corriente—mes de eterna malaventura en nuestro siglo para los tiranos y tiranuelos de toda especie—las verduleras del Bosch y del madroño, convirtieron la escoba en una institución nacional y las patatas en los únicos proyectiles de guerra que pueden combatir dignamente la trinchera conservadora.

No lo olvide el cantor de Elisa, el malaventurado narrador de nuestras desdichas históricas: los tercios conservadores acostumbrados á vencer estudiantes inermes que no tenían más defensa que sus libros, si lograron en San Quintín no envidiable en la Universidad madrileña, han hallado al fin su merecido en ese Rocroy de los mercados en que hicieron de arcabuces las escobas. Cada verdulera fué un Condé. Desgraciadamente para él, Bosch no llegó, ni con mucho, á ser siquiera una caricatura del conde de Fuentes. En verdad os digo ¡Aguileras municipales! que no encontrareis á un Bosuet que lloré vuestra muerte; pero Villaverde está ahí en su calidad de Fernández para elogiarnos con una elocuencia digna de Cos-Gayón ó de Navarro Reverter ó el vizconde de Campo Grande.

¿Qué ha de llorar nadie vuestra muerte? ¿De dónde? como dicen algunos parlamentarios de la mayoría. Reir es lo que haremos, mejor dicho; lo que hacemos: al veros morir con tan poca estética y haciendo tantas muecas y contorsiones tales que sólo Pichel emularía con relativa esperanza de éxito.

Y ¿sabéis lo que más nos hace reir en este caso, conservadores incongruentes? Que no perezcais víctimas de una trágica venganza, cumpliéndose así el profundo di-

cho de aquel girondino que afirmaba que era preciso evitar á los inhábiles la gloria de los mártires.

No: los mártires hemos sido nosotros los españoles, que os hemos tolerado, y más aún, los españoles que hemos sufrido persecución por vuestra injusticia, sólo por creer que érais lo que sois, unos políticos de similar, estadistas de plata Meneses, estatuillas de barro bronceadas con papel de chocolate, Bismarks de Recoletos, pobres industriales de lo contencioso-administrativo, incapaces de concebir otros estatutos para gobernar un país que los estatutos del Banco de España.

Merecáis, pues, la escoba, y la escoba ha llegado por designio apocalíptico, á cumplir—como Castelar diría—por ley inexorable de la historia y de la realidad, la sentencia dictada contra vuestras soberbias respectivas por los hispanos destinos.

Habéis despreciado á la plebe y la plebe es la vengadora vuestra. Aparentasteis desdén al merecido silbato, y ha venido á sustituirle la escoba. Hablasteis del sufragio del pobre, vendido al oro del rico envilecido, y os contestaron las gentes silbándoos. Después llamasteis populachío al pueblo que se gana el pan con más trabajo que Donón se ganó la concesión del Noroeste y los judíos de Rostschild las minas de Almadén y Riotinto, y ese pueblo en lo que tiene de más inerte—porque es lo que tiene de más mujeril—os contestó... ¡á escobazos!

¡Oh, prado! ¡Oh fuente deleitosa! ¡Oh río ameno!

Que dijo el poeta.

¡Oh canovistas! Que decimos nosotros.

¡Estais heridos de muerte! ¡La escoba os ha matado!

¡La espuerta os espera!

Allí ireis á parar en compañía de las novelas de vuestro jefe, un tal Cánovas del Castillo.

¡Ah! ¡Qué no olvide este ejemplo Sagasta!

Todavía ahí está la escoba...

Por si hiciera falta.

UN CHICO DE LA PRENSA.



AVACHOL ha muerto.

La guillotina cortó la cabeza de un anarquista que murió insultando al verdugo y aclamando sus ideas en vivas enérgicos.

Hasta ahora no dió señales de vida la venganza que se temía de los compañeros de Ravachol.

Lo cual es un consuelo.

Uno de los detalles de la ejecución, que merece ser mencionado por lo ingenioso, es el siguiente: con objeto de que Ravachol no hablase, una banda de lambores, preparada de antemano, tenía orden de redoblar cuando fuese á decir algo el tenaz anarquista.

Hé aquí un medio que puede emplear el Gobierno con las oposiciones cuando se discutan los últimos presupuestos.

¡Duro al parche!

—(6)—

El gobierno está decidido á que se aprueben las tarifas de ferrocarriles, aunque para ello sea preciso tener abiertas las Cortes todo el verano.

Es decir, que ha tomado la cosa con verdadero empeño.

Y aquí viene, que ni de molde, el chiste de Vital Aza en San Sebastián, mártir:

—Pero, hombre; si eso ya no es tarifa; ¡es Ceuta!

—(7)—

REFRANES POLÍTICOS

Vizconde de Campo-Grande, ande ó no ande.

El ojo de Bosch engorda á Romero.

Más vale Silvela que Martínez Campos.

El comer y el cobrar todo es hasta empezar.

A mal Cánovas, buena Restauración.

Cuando la tarifa de ferrocarriles suena, ó cuartos ó perros lleva.

A Bosch revuelto, ganancia de Figueroa.

—(8)—



Los opositores á periciales de Aduanas han conseguido por fin que el ministro de Hacienda informe favorablemente su petición y decida el asunto, evitándoles los perjuicios que les ocasionaría continuar más tiempo pendiente de esa resolución.

Para ello han necesitado emplear toda clase de recursos y recurrir á la prensa.

Únicamente *El Globo* ha sido la nota discordante. ¡Dios se lo pague!

—(6)—

ÚLTIMA HORA

El Gobierno está de cuerpo presente. Empezaron á hurgar en los pies á Cánovas los telegrafistas y vieron que eran de barro.

En pos vinieron los bolsistas y no encontraron el oro que se decía tenía el coloso.

Aparecieron las verduleras, y el prestigio conservador murió á golpes de berza y de tomate, que dirían Pina ó el Duque de Tetuán, ese Pina de nuestra diplomacia.

Y ahora, las oposiciones darán con él en tierra.

Morirá como ha vivido: con vilipendio.

El duelo se despide en la Huerta.

Se suplica el pito.



¡PERDÓN!



ÚLPA nuestra no fué; fué del destino... como diría D. Juan Tenorio si se viera en nuestro caso.

Este número llega con un día de retraso á todos nuestros amantísimos lectores, con harto sentimiento nuestro y sin que hayamos tenido tal propósito; pero entorpecimientos litográficos que nosotros no hemos podido remediar han sido la causa de tal retraso.

La piedra de los dibujos ha sido la peccadora, puesto que se nos han estropeado los anuncios.

Pero, señor, ¿cuándo dejarán los periódicos de padecer este mal... de piedra?



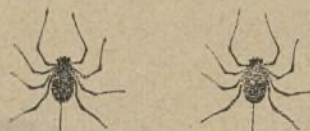
GEROGLÍFICO



hombre



(La solución el número próximo.)



SOLUCIÓN AL DEL NÚMERO ANTERIOR

Los extremos se tocan.



Sres. Corresponsales:

¿Recibieron ustedes la liquidación del mes de Junio?

No es por nada, sino por saber si se había perdido ó no.—

EL ADMINISTRADOR.

MADRID, 1892.—Tip. de Tomás Minuesa de los Ríos, Juanelo, 19.

Si Salomón algún día resucitara, diría á todo el linaje humano: No se encuentra SASTRERÍA como la de

TREVIJANO

1. San Felipe Xeri. 1

POLICARPO RUIZ

15 — JACOMETREZO — 15

Recomienda á las señoras visiten esta casa y encontrarán á precios de fábrica satenes, batistas flores, novedad, ropa blanca, merinos, cuties y otra infinidad de artículos.

CAMISAS

BUEN GUSTO, PERFECCIÓN Y ECONOMÍA

MINAS, 22

Para que aquél que esté enfermo se cure inmediatamente, beba un poco de aguardiente de GUILLERMO.

Se sirve á domicilio.

DOCTOR UNZAGA

ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES SECRETAS

CONSULTA: de 10 á 2 y de 6 á 8.

PLAZA DEL ANGEL, NÚM. 3

CORTIJO, Sastre.

LIBREAS, AMAZONAS Y UNIFORMES VISITACIÓN, 17

DIONISIO G. DE LA MORENA

SASTRE

Espoz y Mina, 16.

LA NEW YORK

COMPANÍA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

PUERTA DEL SOL, 13

EL FENIX

COMPANÍA DE SEGUROS SOBRE INCENDIOS

VICTOR GONZALEZ, Sastre.

—Lector, ¿en qué consiste que no hay quien vista como Víctor viste?

CARRETAS, 41

LAMPISTERIA DE MARÍN

Aunque no lo crea usted, para hacer la luz del día Dios, fué á comprar un quinqué en esta Lampisteria.

Plaza de Herradores, 12

COMPANY, FOTÓGRAFO

LAS MEJORES PASTILLAS

PARA

LA TOS

SON LAS DEL

DOCTOR MORALES

CARRETAS, 39 y farmacias.



